

MENÉNDEZ PELAYO (1856-1912) Y LOS ESCRITORES MONTAÑESES*

Antes de considerar a Menéndez Pelayo como crítico de la obra literaria de sus compatriotas habrá de tenerse muy en cuenta que su labor profesional estuvo íntimamente relacionada con la amistad de unos contemporáneos a quienes le unieron, en muchos casos, lazos de amistad y comunidad de ideas. Aquel niño prodigio que sabía de memoria algunas obras tempranas de Pereda creció en un Santander que comenzaba a despertar culturalmente mediado el siglo XIX cuando el desarrollo de la prensa y la aparición de algunas revistas literarias fueron perfilando la futura escuela montañesa, que floreció encabezada por José María de Pereda, Amós de Escalante y más tarde por el propio Menéndez Pelayo¹.

Prueba del temprano interés de aquel joven estudioso por las letras de su tierra fue su libro sobre Telesforo de Trueba y Cosío (*Estudios críticos sobre escritores montañeses, I. Trueba y Cosío*. Santander: Album de *El Aviso*, 1876), de cuya gestación queda constancia en su *Epistolario* (1967) con Gumersindo Laverde, a quien agradecía en el prólogo haberle animado a emprender aquel trabajo². En aquel estudio hacía un detenido análisis y examen de las fuentes de cada obra, que revela los amplios

* Quiero agradecer al profesor José Manuel González Herrán la lectura del manuscrito de este artículo así como sus valiosas sugerencias.

¹ Para más información sobre los autores mencionados en este artículo, véase José María de Cossío, *Estudios sobre escritores montañeses*, I-III, Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1973,

² La monografía fue acogido con entusiasmo. Pereda publicó un artículo en *El Aviso* de Santander (V, No. 55, 6. V. 1876); Laverde hizo una reseña en la *Revista de España* (L, mayo-junio, 1876, pp. 286-288, firmada "G. L." ; Amós de Escalante le reseñó en *La*

conocimientos de don Marcelino. Refiriéndose a las de carácter histórico como *Gomez Arias* y *El Castellano o el Príncipe Negro en España* (*The Castilian*) y las narraciones de *España Romántica* (*Romance of History. Spain*) advertía que Trueba era “narrador eminente, pero que [al contrario que el duque de Rivas y Zorrilla], carecía de esa imaginación popular y fantástica que da cuerpo y nueva vida a las leyendas” (*Estudios*, VI: 141). Y tras estudiar el resto de su obra – novelas de asunto americano como *The Conquest of Peru* y contemporáneo como *Salvador the Guerrilla*, narraciones breves y teatro, tanto en inglés como en castellano, concluía que el autor de *Gómez Arias*,

Sin ser poeta inspirado fue egregio literato, narrador amenísimo, hombre de gusto severo y acendrado, de fantasía no muy alta ni muy fogosa, de entendimiento claro y flexible, de incansable laboriosidad, de estilo limpio y correcto, falto a veces de fuerzas y de nervio en el decir, más propio para deleitar que para conmover, prolijo en ocasiones por defectos de escuela, escritor, en suma, en quien es más fácil señalar la ausencia de grandes bellezas que la presencia de defectos notables. (*Estudios* VI: 148)

Destacaba que sus obras alcanzaron “éxito portentoso”, “aceptación inmensa” en Inglaterra (afirmaciones que resultan un tanto exageradas), pero que eran casi desconocidas en España, que Trueba inició el género *español* en la literatura británica, fue el primer escritor español que abrazó de lleno el Romanticismo y “debe considerarse *padre* de la novela histórica entre nosotros, por más que escribiera en una lengua extraña”. Y concluye que “merece un puesto muy señalado entre los *primeros* escritores de *segundo* orden de una época literaria próxima a nosotros pero ya fenecida” (*Estudios*, VI: 150). Figuraba como apéndice a este volumen un estudio sobre José María de Trueba y Cosío, “Un lírico francés desconocido” (*Estudios* VI: 164-178), hermano de Telesforo, autor de algunas obras teatrales, la mayoría incompletas, y sobre todo, de poesías líricas, escritas en francés. Don Marcelino las reprodujo en su estudio, y figuran entre las obras que publicaría la proyectada Sociedad de Bibliófilos Cántabros.

Recién doctorado, recibió el joven investigador del Ayuntamiento y de la Diputación de Santander en 1876 una subvención para ampliar es-

Epoca; y Milá i Fontanals lo hizo en *Polybiblion* de París (XV, julio-diciembre 1876, pág. 133); Leopoldo Augusto de Cueto escribió muy elogiosamente al joven autor; y Adolfo de Castro le remitió una copia manuscrita de *Casarse con 60.000 duros*. Véase Salvador García Castañeda, *Don Telesforo de Trueba y Cosío (1799-1835). Su tiempo, su vida y su obra*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1978.

tudios en el extranjero. Por entonces eran figuras de primera magnitud en la escena literaria local, además del autor de *Escenas montañesas* (1864) y *Tipos y paisajes* (1871), Amós de Escalante, el poeta Ricardo Olanar, Adolfo de la Fuente, traductor de Victor Hugo, don Angel de los Ríos, quien vivía en su casona de Proaño dedicado a la erudición y a las faenas del campo y, entre quienes estaban fuera, los eruditos Manuel de Assas, Enrique Leguina, y Gumersindo Laverde.

Hacia 1876 acudían a la tertulia de Pereda en la Guantería, entre otros amigos, Sinfonso Quintanilla, el médico Juan Pelayo, tío de Marcelino, Domingo Cuevas, primo de Pereda, el librero Francisco Mazón y Antonio Bustamante. De aquella tertulia salió la idea de crear una revista literaria pues desde los tiempos del primer *Tío Cayetano* (1858-1859) y de *La Abeja Montañesa* (1864-1868) Santander carecía de ellas. Ya en febrero de aquel año Mazón había publicado *La Tertulia* (1876), una “Colección de pensamientos poéticos, charadas, enigmocharadas, acertijos, logogrifos, rompecabezas y otros excesos” (Santander: Imprenta de Solinís y Cimiano, 1876) que fue bien acogida por el público. Mazón lanzó entonces una revista literaria, llamada también *La Tertulia* (1876-1877), que desde el primer número, alcanzaría un nivel desconocido en Santander hasta entonces. Aunque fue el director nominal de la nueva publicación, como revelan los epistolarios de entonces la revista estaba en manos de Pereda y de Menéndez Pelayo. A principios de julio del 76 Laverde aceptaba la invitación a colaborar en ella, y gracias al entusiasmo de todos, el 1 del mes siguiente estaba en la calle el primer número. Al cabo de poco, Mazón decidió transformarla en otra que abaricara los “intereses literarios de las dos Asturias”, y así nació la *Revista Cántabro-Asturiana* (1877), un título, sugerido por Laverde, y en la misma imprenta que su antecesora pero a pesar del constante apoyo de sus desinteresados colaboradores, no pudo mantenerse a flote, y el 15 de marzo de aquel año, Menéndez Pelayo concluía una carta a Laverde con la frase: “La revista de Mazón murió”³. De especial interés son las páginas de presentación “Al que leyere” en *La Tertulia* y el “Prospecto” en la *Revista Cántabro-Asturiana*, escritas ambas por Menéndez Pelayo, pues reflejan la influencia de Laverde y reiteran el compromiso de defender la religión, así como el de fomentar la unión y la autonomía de ambas provincias. Estos prólogos marcan un programa de exaltación regional, exclusivista el de *La Tertulia*

³ Véase Salvador García Casta” en *Del periodismo al costumbrismo. La obra juvenil de Pereda (1854-1878)*. Universidad de Alicante Press, 2004, págs.97-156.

y de comunión con Asturias el de la *Cántabro-Asturiana*, programa que se llevó a cabo cumplidamente mientras duró su corta vida.

La Tertulia prometía respetar el dogma y la moral católicos “que son el dogma y la moral de sus colaboradores”, subrayaba su apoliticismo y la intención de conservar un carácter español puro y castizo, “más que nunca hoy que el contagio extranjero cunde y se propaga que es una maravilla” y en el “prospecto” de la *Revista Cántabro-Asturiana* proclamaba Menéndez Pelayo “el inolvidable respeto al dogma y a la moral católicos, al espíritu y tradiciones de la raza española y a los fueros del buen gusto”. Con escasísimas excepciones, los colaboradores de estas publicaciones compartían la misma ideología política conservadora, la extracción burguesa, los sentimientos religiosos y un acendrado nacionalismo. Apenas hará falta mencionar que estas revistas iban dedicadas a un público lector principalmente formado por la burguesía acomodada de Cantabria y de Asturias.

Conocidas son las relaciones de algunos de estos montañeses con los intelectuales de Cataluña, comenzando con el magisterio de Milá y Fontanals sobre Menéndez Pelayo; los santanderinos veían con simpatía a los regionalistas catalanes y, como ellos, se oponían al centralismo de Madrid pero cuando el catalanismo alcanzó mayor coherencia política y se proclamaron las bases de la Unió Catalanista (1892), reaccionaron negativamente, atemorizados por pasar del concepto de región (que aceptaban) al concepto de nación (que rechazaban)⁴. El prólogo “Al que leyere”, de Menéndez Pelayo, reflejaría sin duda el sentir de la Redacción, a lo menos el de Laverde, Angel de los Ríos, Amós de Escalante y Pereda, partidarios de cierta autonomía de las regiones frente al centralismo castellano representado por Madrid. Un regionalismo que podría describirse como un sentimiento exagerado de amor a la patria chica frente a la metrópoli, enraizado en un etnocentrismo romántico, más visceral que razonado y más cultural que político.

El joven Marcelino no podía haber hallado mejores órganos de difusión y aplauso a sus tareas de investigador que estas revistas. Además de redactar la introducción “Al que leyere” (firmado por “La Redacción”) de *La Tertulia* y el “Prospecto” de la *Revista Cántabro-Asturiana*; en *La*

⁴ Acerca del regionalismo de Pereda, véase Laureano Bonet, *Literatura, Regionalismo y lucha de clases*. Barcelona: Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 1983, y la introducción a su edición de *La puchera*. Madrid: Castalia, 1980; y Benito Madariaga, *Antología del regionalismo en Cantabria*. Santander: Tantín, 1987.

Tertulia salieron sus tempranos estudios “Cartas de Roma” (449-56, 481-86, 545-51, 632-38, 673-82), y “Letras y literatos portugueses” (225-33, 257-66), que enviaba desde Portugal e Italia. Al parecer nacieron de una sugerencia de Laverde quien, después de leer la primera, le animó a escribir otras, que fue publicando Pereda a poco de recibirlas; *Los jesuitas españoles en Italia* (193-97, 289-94, 321-26, 385-93, 737-46); “Noticias para la historia de nuestra métrica” (33-38, 66-72, 97-106, 135-43) y dio a conocer el texto de “Una comedia inédita de Trueba y Cosío. *Casarse con 60.000 duros*” (353-60, 417-423, 518-525). Allí reseñó *Ave maris Stella, historia montañesa del siglo XVII* de Amós de Escalante (730-36), *Bocetos al temple*, de Pereda (122-28), *Noticia histórica de las Bebetriás* de D. Angel de los Ríos, cuyo valor encomia, (“precioso estudio [...] habla con sagacidad y erudición [...] la copia de documentos recogidos es inmensa, lenguaje puro y castizo, estilo correcto lleno de saber erudito de bonísima ley”) aunque pone en duda la existencia de algunos personajes considerados por el autor como históricos (95), Y en la *Revista Cántabro-Asturiana*, el volumen de *Las cuatro estaciones* de Eduardo Bustillo (158-59)⁵; *Estudios críticos sobre escritores montañeses, Don Evaristo Silió y Gutiérrez* (417-27, 449-61); *Tipos trashumantes. Croquis a pluma*, de Pereda (60-63); y una nota sobre *Hijos ilustres de la provincia de Santander. El P. Rábago*. de D. Enrique de Leguina. (63)

Y en *La Tertulia* vieron la luz sus poesías originales y traducidas, “Oda de Erina de Lesbos a la diosa de la fuerza. Traducida del griego” [“Hija de Marte, belicosa Fuerza...”] (346); la tan conocida después “Epístola a Horacio” [“Yo guardo con amor un libro viejo...”] (646-51); “Paráfrasis de un himno griego, de Sinesio de Cirene, Obispo de Tolemaida” [“Ven, armoniosa lira...”] (14); y en la *Revista Cántabro-Asturiana*, “El enfermo” (Idilio de Andrés Chenier, traducido en verso castellano) [“Apolo salvador, dios de la vida...”] (261-64); el “Himno de Prudencio. En loor de los mártires de Zaragoza” [“De diez y ocho las cenizas guarda...”] (38-42); “Oda XII del libro I de Horacio” [“¿A qué varón ensalzará tu lira...?”] (368-69); y “Soneto (Imitación de una anacreóntica griega [“Cual trocöse del Frigio en la marina...”] (122),

A su vez, Amós de Escalante dedicó una extensa reseña a la monografía de Menéndez Pelayo sobre Trueba y Cosío, y un amplio estudio a

⁵ Bustillo fue profesor del Instituto de Santander y pasó luego a Madrid donde llegó a ser uno de los periodistas más conocidos de su tiempo. Fue muy amigo de Pereda, y en esta reseña Menéndez Pelayo le consideraba como un “lírico por excelencia.”

Horacio en España (firmado “H”), en el que alababa el profundo conocimiento de los clásicos que tenía su autor (*Revista Cántabro-Asturiana*, 218-233), y en *La Tertulia* salió una reseña tan breve como entusiasta de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, con prólogo de Laverde (320).

También se debió al consejo de este último y al entusiasmo de Menéndez Pelayo el proyecto de crear una Sociedad de Bibliófilos Cántabros que daría a conocer las obras y los estudios sobre escritores ilustres de la provincia de Santander, un proceso que puede seguirse principalmente a través de las cartas cruzadas entre ambos. Después de acabar su monografía sobre Trueba y Cosío escribía don Marcelino que “en la misma forma de tomitos pudieran irse publicando los estudios sobre montañeses, que formarían una colección de 14 ó 16 volúmenes”, de los que daba una lista (“Prospecto de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros”, *Estudios* VI: 39). El Prospecto circuló manuscrito, apareció el 14 de marzo de 1876 en la prensa local y en el número 6 de *La Tertulia*, y se formó una Junta Directiva integrada por Gumersindo Laverde, Angel de los Ríos, José María de Pereda, Amós de Escalante y Marcelino Menéndez Pelayo pero, a pesar de sus afanes, la Sociedad de Bibliófilos Cántabros no fue a más⁶.

Aparte de su activa participación en la vida literaria santanderina, y la amistad con algunos de los que formaban parte de ella entonces, y cuyas obras reseñó, el interés crítico de Menéndez Pelayo por autores locales de otras épocas fue más restringido. Apenas se ocupó de media docena de ellos y, en el caso de los de valor literario dudoso, justificó hacerlo por tratarse de olvidados hijos de la Montaña. Este sería el caso del jesuita expulsado en época de Carlos III, Antonio Fernández Palazuelos, de Rafael Floranes y de Tomás Antonio Sánchez. Refiriéndose al primero escribía que “El modesto poeta de quien voy a tratar y que nos interesa por razón de paisanaje no alcanza la notoriedad ni el mérito de la mayor parte de éstos [jesuitas] pero trabajó dignamente en la misma empresa civilizadora” (*Estudios* VI: 12). Le dedicó una extensa reseña que incluía largas citas de sus versos originales en lengua castellana y lamentaba que “al buen gusto en la elección de los textos poéticos que interpretó” no hubiera correspondido un estilo que no poseyó más que a medias”, y

⁶ Véase Tomás Maza Solano, “La Sociedad de Bibliófilos Cántabros que intentó formar Menéndez Pelayo. Apuntes para su historia y fundamentos de un nuevo proyecto”. *BBMP. Homenaje a D. Miguel Artigas*. Vol. II (1931), 146-188.

concluía solicitando que sus paisanos le concedieran un lugar modesto en la literatura montañesa (*Estudios* VI: 17).

En otro artículo sobre dos opúsculos literarios publicados por la *Revue Hispanique*, XVIII (1908), uno de Rafael Floranes (1743-1801) y el otro con la respuesta de Tomás Antonio Sánchez, ambos montañeses, escribía don Marcelino que Floranes fue uno de los españoles más eruditos de su tiempo aunque su método y estilo no corriesen parejos con su erudición, además de ser un polemista agudo y un escritor fecundo, muchas de cuyas obras quedaron inéditas. Con él contrasta Tomás Antonio Sánchez, el autor de la valiosa *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, quien destaca por la elegancia y sobriedad de sus escritos de carácter satírico, crítico y polémico. Para don Marcelino estos opúsculos tienen felices atisbos y yerros inevitables y hoy interesan como curiosidades bibliográficas. (*Estudios* VI: 79-80)

El estudio sobre Calixto Fernández Camporredondo (1815-1857), fechado el 20 de febrero de 1876, quedó inédito entre los papeles de Menéndez Pelayo, y es posible que antes de publicarle éste habría suavizado un tanto sus juicios sobre un poeta montañés al que vio con simpatía y a quien concluyó por considerar “acreedor a un buen puesto entre los líricos y épicos españoles de segundo orden”. Camporredondo fue un clásico rezagado, “un poeta anacrónico”, a quien perjudicaron para el desarrollo de su ingenio su escasa instrucción y “el aislamiento casi absoluto en que transcurrió su vida literaria”. Don Marcelino se basa en las poesías de *Ecos de la Montaña* (Santander: Imp. y Lit. de Hijo de Martínez, 1862), que llevaba un laudatorio prólogo de “J. Paredes”, un seudónimo que usaba entonces el joven Pereda, y lamenta que Camporredondo incluyera allí composiciones de carácter tan trivial como las dedicadas a algunos tipos populares santanderinos. Como poeta épico destaca su “Oda a los antiguos cántabros”, “Las armas de Aragón en Oriente”, que obtuvo el segundo premio en el certamen poético de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, escrito “con valentía [...] briosamente versificado”, la burlesca “Expedición de los trasmeranos a Pando”, y la “Oda al ferrocarril”, que a pesar de sus imperfecciones abunda en rasgos felices. Aunque Camporredondo cultivó todos los géneros literarios con desigual acierto ninguna de sus escasas producciones lleva el sello de la originalidad, fue “Vate de imitación, de escuela, difícil y premioso, su horizonte poético era escaso, los caminos que siguió su musa comunes y trillados”. Sin embargo, le consideraba digno de estudio y de mención muy señalados “porque cultivó el arte con entusiasmo y con respeto, siempre merecedo-

res de loa y más en nuestro pueblo, tan aplicado a los intereses materiales y tan poco guardador del culto estético que sublima y enaltece el alma". (*Estudios* VI: 217).

Casimiro del Collado (1821-1898), Fernando Velarde (1823-1881) y Evaristo Silió (1841-1874) tuvieron una educación clásica y pueden considerarse como románticos tardíos que continuaron escribiendo en España y en América al tiempo que florecían el realismo y el naturalismo. Con diferencia de pocos años fueron contemporáneos de Amós de Escalante y de Pereda. Poetas menores, Velarde y Collado tuvieron fama en América en su tiempo, y Silió, quizás el más intimista y romántico de todos ellos, murió joven. Menéndez Pelayo les vio con la simpatía debida a quienes sintieron la llamada de la tierra nativa, a la que dedicaron sus versos. Casimiro del Collado, poeta romántico de educación clasicista, ejerció el periodismo en México, donde hizo una gran fortuna. Publicó un volumen de *Poesías* en 1868, del que hubo una segunda edición en 1880 prologada por Menéndez Pelayo y unas *Últimas poesías* en 1895. Para éste, Collado fue un "poeta romántico pero "de los buenos e inspirados" que evolucionó a una "segunda manera" en la que se reveló como un "espléndido poeta descriptivo" cuyas descripciones, como en la oda "A México" se inspiran en la realidad y no en fuentes librescas. Características suyas fueron la variedad de asuntos y un hondo sentimiento de la naturaleza, y su poema "Liendo o el valle paterno" tiene profundo carácter elegíaco. (*Estudios* VI: 207-215).

Fernando Velarde recorrió varios países del Nuevo Mundo, colaboró en periódicos y fundó colegios y otras obras de carácter vario, algunas pedagógicas. A él se deben los libros de poesías *Las flores del desierto* (Lima, 1848 y 1982) y *Cánticos del Nuevo Mundo* (Nueva York, 1860), que le dieron gran fama. En esta crítica escrita en vida de Velarde (fecha en Santander el 8 de junio de 1876) Menéndez Pelayo escribió que sentía "verdadero placer en dedicarle estas líneas ya que hasta hoy la crítica española [,,] ha desconocido su nombre y sus merecimientos". Velarde era un "Verdadero poeta lírico [que] siente con fuerza, siente con elevación", dotado de un talento descriptivo de primera fuerza, sensibilidad y un estilo propio, levantado y grandilocuente. "La admiración a la naturaleza externa es en Velarde la fuente más copiosa de inspiración poética [...] ha sentido como pocos la acción cariñosa a par que enérgica de la naturaleza". Sin embargo su estilo "levantado y grandilocuente, brioso y desembarazado" pecaba de exuberante, enfático y retumbante. Y antes de "estar contagiado por la manía onomatopéyica", Velarde dejó

ejemplos de “poesía *septentrional* en toda su pureza” que hacen de él un “eminente poeta cántabro.” (*Estudios* VI: 185-206).

Evaristo Silió (1841-1874) había fallecido apenas dos años antes de que Menéndez Pelayo publicara un estudio sobre su obra en la *Revista Cántabro-Asturiana* (417-427 y 449-461). En él consideraba al “simpático y malogrado” Silió como un lírico original y espontáneo de la escuela del Norte, “de egregias disposiciones, de profundo sentir [...] correcto y fluido en la versificación [aunque] su caudal poético no era muy rico”. Su libro de *Poesías* (1897), publicado póstumamente muestra influencias de Leopardi, de Espronceda y de Zorrilla, y entre estas composiciones destacaba el poema hagiográfico polimétrico *Santa Teresa de Jesús* y “Una fiesta en la aldea”, de carácter costumbrista montañés (*Estudios* VI: 243-267).

Aunque Menéndez Pelayo no dedicó ningún estudio a Gumersindo Laverde como hizo con otros contemporáneos creo imprescindible mencionar a quien incapacitado para los trabajos literarios por sus achaques mantuvo con los estudiosos de su tiempo un fecundo contacto epistolar a través del que fue vertiendo proyectos e ideas. Las cartas cruzadas con Pereda y con Menéndez Pelayo atestiguan la influencia que ejerció sobre ellos en los primeros tiempos de sus respectivas carreras. Don Marcelino conoció a Laverde cuando fue estudiante en Valladolid, y recordó cariñosamente en reiteradas ocasiones “el sabio y benévolo consejo” de su “docto y entrañable amigo”, “un varón de dulce memoria y modesta fama, recto en el pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y de patriotismo, purificada por el yunque del dolor hasta llegar a la perfección ascética” y que “acaso sin su estímulo y dirección” no se habrían realizado sus propios proyectos. (Cossío, *Estudios*, II: 400). Y en “Noticias sobre la historia de nuestra métrica” (*Estudios* VI: 423-438), elogió cumplidamente su obra poética, que consideraba dentro de la escuela del Septentrión, y destacó la originalidad del verso *laverdaico*.

También formó parte don Angel de los Ríos del grupo más íntimo en torno a *La Tertulia*, la *Revista Cántabro-Asturiana* y la proyectada Sociedad de Bibliófilos Cántabros, entre quienes era visto con respeto como estudioso, y con la simpatía debida a un tipo excéntrico y quijotesco que encarnaba los idealizados valores de los hidalgos de antaño. Don Marcelino le vio como un “personaje de simpática extrañeza, que parecía arrancado de una novela de Walter Scott”, reseñó laudatoriamente en *La Tertulia* su *Noticia histórica de las behetrías* (*Estudios* VI: 400-401) y destacó su papel como “el primer explorador del dolmen del Abra o de Peña Labra, descubierto por él en la Sierra de Brañosera. Con aquel

descubrimiento nació la prehistoria montañesa”. Y lamentaba que, debido al aislamiento en que vivió, don Angel no pudo seguir su verdadera vocación de historiador de las instituciones de la Edad Media. Su libro sobre las *Behetrías* muestra lo que habría podido hacer “si la fortuna no le hubiese mirado siempre con torvo ceño” (“Estudio preliminar”, *Obras escogidas de don Amós de Escalante*, 298-299), y más adelante, Pereda le retrató con gran afecto en un personaje de *Peñas arriba*.

Menéndez Pelayo hallaba en los poetas de Galicia, de Asturias, de la Montaña y de León un parentesco moral, el ser “Soñadores y mediatibundos [...] distínguese por lo vago y etéreo del fondo de sus concepciones, por la melancolía intensa y profunda que casi siempre les anima, por su afición extremada a la parte sombría, nebulosa y triste de la naturaleza, que produce en ellos graves pensamientos y solemnes meditaciones” (“D. Evaristo Silió”, *Estudios* VI: 245-246). Su obra presenta notables analogías, “debidas no a la imitación, sino a la semejanza del *medio* en que se ha producido”, con la poesía escocesa y alemana (*Noticias para la historia de nuestra métrica* en *Estudios*, VI: 424). E incluía en ellos a Gil y Carrasco y a Pastor Díaz y entre los montañeses a Amós de Escalante, inspirado principalmente por Byron y los poetas lakistas, a Evaristo Silió, a Fernando Velarde, a Luis Barreda y a Aguirre y Escalante. A los que habría que incluir a Enrique Menéndez Pelayo y a Rosalía de Castro.

Para don Marcelino, Escalante, el autor del conocido verso “Musa del septentrión, ¡melancolía!”, encabezó aquella escuela y fue el poeta más importante de la Montaña en la segunda mitad del siglo XIX. “Delicadísimo y profundo”, su obra es una “vaga, misteriosa y melancólica sinfonía, que sugiere al alma mucho más de lo que con palabras expresa.” (“D. Amós de Escalante”, *Estudios*, VI: 273). La obra poética de Escalante es escasa y, aparte de otras poesías que no consideró dignas de ser recogidas, publicó el volumen *Marinas. Flores. En la Montaña*, en 1890, en una edición privada de cien ejemplares, que vio una segunda edición en 1901 con el nuevo título de *Poesías*, prologada por Menéndez Pelayo.

Este gustó mucho de sus relatos de viajes *Del Manzanares al Duro*, *Del Ebro al Tiber*, y más aun de *Costas y montañas* pero sobre todo de *Ave maris stella*, que consideraba la mejor novela histórica española del siglo XIX, junto con *El señor de Bembibre* de Gil y Carrasco. Aunque estaba dentro de la escuela de Walter Scott, la consideraba más cercana a *I promessi sposi* de Manzoni por su espíritu, “no solo moral sino austeramente religioso, de positivo y práctico cristianismo”; en ella “dio voz a nuestros antepasados” y recogió la poesía de las costumbres y “el paisaje

sublime” de la Montaña”. (“D. Amós de Escalante”, *Estudios* VI: 314). En las descripciones de Escalante el paisaje “está empapado de emoción moral [...] Guarda misteriosa consonancia con los estados del alma de los personajes y con las escenas en que intervienen” (*Estudios* VI: 318).

Menéndez Pelayo vio a Amós de Escalante como un solitario amante del mar, de la naturaleza y de su tierra cántabra, un intachable caballero cristiano, “uno de los españoles de los de antes”, austero y discreto. Como escritor, fue “un clásico en vida” (*Estudios* VI: 322), un poeta “esencialmente aristocrático como lo era su temperamento. Cantó para pocas y selectas almas” (*Estudios* VI: 275). “No confío en que Escalante llegue a ser nunca un poeta popular, su amor grave y profundo a la belleza, su arte complicado y laborioso, le apartarán siempre del vulgo” (*Estudios* VI: 323).

Escalante tenía 46 años cuando publicó *Ave maris stella* en 1877, triunfantes el realismo y el naturalismo y ya muy lejano el romanticismo, lo que explicaría que viera su novela fuera del espíritu de los tiempos y desistiera en su plan de escribir otras también relacionadas con el pasado de Cantabria. A mi juicio, la crítica de Menéndez Pelayo y después la de Cossío denotan cierto carácter apologético pues señalan en *Ave maris stella* cualidades que, vistas desde otra perspectiva, serían limitaciones. Para ellos, habría que achacar a la profunda formación literaria de Escalante “la densidad de su prosa, que no es defecto sino exceso, tenía sus honradas raíces en una cultura de las más vastas y más sólidas que en escritor español he visto” (“D. Amós de Escalante”, *Estudios* VI: 277). [...] “era una clásico en vida [...] En el siglo XVII encontraba Amós su verdadera patria espiritual”(312). “En el verso propendió siempre a la sobriedad, y quizá por exceso de ella parece alguna vez oscuro y premioso ” (321).

En su “Estudio preliminar” (322) Menéndez Pelayo hacía la salvedad de que “No faltará quien tache o recuse por parcial y apasionada esta apología de un escritor tan poco sonado en los papeles críticos, tan peregrino en los oídos de la generación presente. Mi entusiasmo por él es grande, sin duda, pero razonado y reflexivo”. Salvedad muy oportuna pues entonces y ahora la obra de Escalante fue y es conocida de un reducido número de lectores, apenas difundida en pocas ediciones y ha recibido escasa atención de la crítica⁷.

⁷ Véase Manuel Suárez Cortina, ed., *En el Centenario de Amós de Escalante*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 2003

Pero entre todos sus coterráneos Don Marcelino dedicó especial atención a Pereda, cuyas obras reseñó con el cariño propio de la vieja amistad que les unía:

No puedo decir que fuera mi maestro porque fueron muy diferentes nuestros estudios y ocupaciones, pero fue el primer hombre de letras a quien conocí, fue mi amigo y consejero más íntimo, fue el amigo entrañable, honrado y bueno de todos los de mi casa, y era el patriarca de la región montañesa, la gloria mayor de la tierra donde nací, y cuya nostalgia siento de un modo más enérgico e invencible a medida que los años pasan y las vanidades mundanas se disipan (“In memoriam”, *Estudios* VI: 390).

Como vimos más arriba, Pereda comenzó alentando y protegiendo al joven estudioso (a quien llamaba de *tú*, y quien no apeó el *usted* al autor de “La leva”); pero aquél tardó poco en ser el “amigo y consejero más íntimo” de Pereda, quien buscaba su consejo, solicitaba que reseñase sus obras y acataba sus juicios críticos. Para saber lo que pensaba Menéndez Pelayo de aquellas obras contamos con las reseñas propias de cada una, además del “Prólogo” a las *Obras Completas* de Pereda (1884), en el que recogió aquellas reseñas, en algunos casos con variantes notables, y con el discurso que pronunció en la inauguración del monumento a Pereda en Santander en 1911. La limitada extensión de este trabajo no permite extenderse en cada una de estas reseñas por lo que remito al libro *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo* del profesor José Manuel González Herrán, imprescindible para los estudios peredianos.

La primera fue a *Bocetos al temple*, que publicaron *El Aviso* (“Bibliografía. *Bocetos al temple*, por D. José María de Pereda”, año V, núm. 101, 22 de agosto de 1876) y *La Tertulia* (“Sección bibliográfica”, núm. 4, 15 de septiembre de 1876). En ella señalaba ya el joven crítico algunos rasgos que serían después característicos: en primer lugar, “el carácter local” de este escritor realista y de costumbres, “por excelencia *montañés*, [que] es *la Montaña* personificada, y en esto consiste gran parte de su gloria”, y “la frescura, espontaneidad y nervio del estilo” de un lenguaje “sin la más leve afectación, puro y castizo”. De este modo destacaba ventajosamente “la vigorosa savia del *provincialismo*” (128) de los tres relatos de *Bocetos* frente a la literatura “amanerada y trivial que tiene en Madrid su foco y residencia”, el haberse mantenido “libre de todo contagio extraño”, y el haber descrito “con ideas y sentimientos montañeses las costumbres y el paisaje de su nativa tierra”. Y deseaba que “así como pasó el Sr. Pereda del breve cuadro de costumbres a la novela corta, ascienda de ésta a la

novela larga". Y como escribe González Herrán, con este juicio se advertía ya el papel que tendría Menéndez Pelayo como mentor literario del futuro autor de *Sotileza* (51-52) pues la obra literaria de Pereda "fue mediatizada en su desarrollo por las críticas de que fue objeto, independientemente del medio que se emplease para su expresión" (275).

Conocidas son la insistencia con que Pereda pedía a sus amigos que reseñasen sus obras, la impaciencia con que las esperaba, y la ansiedad que le producía la "conspiración de silencio" contra sus libros por parte de la prensa y de la crítica. Menéndez Pelayo complació a su amigo cuando éstos le parecieron dignos de encomio pero en caso contrario no lo hizo, o manifestó su opinión cautamente con juicios aleatorios o por medio de cartas de carácter personal. Un caso aparte fue el de los que dieron lugar a polémicas de carácter ideológico en las que intervino Menéndez Pelayo en defensa de unas ideas que eran también las suyas.

Así, cuando el periodista santanderino Angel Gavica al reseñar *Tipos trashumantes* (1877), acusó a Pereda de caricaturizar a los krausistas en "Un sabio", comenzó una ruidosa polémica en la que intervinieron, entre otros, Pereda y Menéndez Pelayo. Este último respondió a Gavica negando la intención satírica del autor pero defendiendo, al mismo tiempo, la verosimilitud del tipo y de sus ideas. La polémica fue larga y complicada y Menéndez Pelayo intervino en ella de manera agresiva y directa⁸.

A petición de Pereda reseñó *El buey suelto* en la *Revista de España* ("Bibliografía. *El buey suelto*", 28 de junio de 1878, tomo LXII, núm. 248, 564-566). Estaba firmada por "X" pero la reivindicó después por suya en su "Prólogo" (1884). Consideraba aquella novela "un antídoto" a las de Balzac y de su escuela, e insinuaba cierta exageración en el retrato de los personajes, una insinuación que confirmó y amplió después en el "Prólogo". También la publicación de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* originó grandes controversias acerca de su intención de sátira política, algo que Pereda negó siempre. En su reseña en *La Ilustración Española y Americana* ("Noticias literarias. *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, 28 de febrero de 1879, año XXIII, no. 8, 147-150), don Marcelino escribía de manera un tanto ambigua que no admitía "que el Sr. Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada [...] pero si alguna enseñanza se deduce de su libro, es la demostración del absurdo que se comete llevando a un pueblo rústico y laborioso las miserias políticas". Y al igual que

⁸ Véase Miguel Artigas, "Un episodio desconocido de la juventud de Menéndez Pelayo", *BBMP*, X (1928), 289-3337.

Clarín y que Galdós destacaba en Patricio Riguelta, un personaje que “se convierte en verdadero héroe y rueda principal de la novela”.

En cambio considera *De tal palo, tal astilla*” (“Bibliografía. *De tal palo, tal astilla*”, *Ilustración Española y Americana*, 8 de Abril de 1880, año XXIV, núm. XIII, 226) una “primorosa obra literaria y buena obra moral, [la tuve] por la más novela entre las novelas de su autor” y “No hay figura [entre sus personajes] que no esté arrancada de la gran cantera de la realidad”. Juicios que modificó profundamente en el “Prólogo” de 1884 en el que la ve como una “novela dogmática [...] un libro de tesis, donde abandonando el autor, hasta cierto punto, la observación desinteresada, principal musa suya, trata de inculcar, aunque no directamente, no una, sino muchas y varias moralidades”. Omitía la referencia a los personajes y juzgaba *De tal palo*, “quizá el libro menos realista de Pereda”.

A poco de publicarse *El sabor de la tierruca* destacaba don Marcelino en carta a Valera el color local y la descripción de la naturaleza y de las costumbres rústicas en esta novela, “un poema idílico, género de literatura que puede decirse propio de nuestro siglo” (González Herrán 177). Sin embargo, no parece que a pesar de su ambiente montaños fuera *El sabor de la tierruca* una novela favorita de Menéndez Pelayo, a juzgar por su tardía reseña (“Bibliografía”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de agosto de 1882, año XXIX, 67 y 70). Frente al juicio de Clarín y de otros autores le parecía una obra de madurez, un juicio que suprimió después en el “Prólogo” de 1884.

El gran éxito de crítica que alcanzó *Pedro Sánchez* sorprendió tanto a su autor como a Menéndez Pelayo quien confesaba por carta a Valera que era “una novela que [...] al autor y a mí nos parece la peor o menos buena que él ha hecho pero que los críticos, y a su frente Clarín, han declarado la mejor de todas, llegando a graduarla de obra maestra”, una opinión que confirmó en el “Prólogo” (*Estudios* VI: 372). En su artículo “Menéndez Pelayo y la creación del mito de Pereda, el *genio natural*”, Borja Rodríguez destaca que la obsesión de Menéndez Pelayo de presentar a Pereda y a sí mismo como una sola persona resulta más evidente en su reseña de *Pedro Sánchez*, escrita en primera persona, en la que la palabra “Temíamos” referente al autor y al crítico, está repetida hasta seis veces. Aprovecha la ocasión para destacar los presuntos defectos de *Pedro Sánchez* sobre sus virtudes, “que apenas llegan a aparecer y que nunca se concretan”, y ensalza emocionadamente toda la obra anterior de su autor, a quien conmina a no continuar por el camino que le había llevado en *Pedro Sánchez*, tan alabado por la crítica (252).

Tanto las reseñas publicadas en la prensa como la correspondencia privada coinciden en la evaluación negativa de *La Montálvez* donde, como sabemos, provocó en Santander las iras de Amós de Escalante. Ante el silencio de Menéndez Pelayo, Pereda escribió a José María Quintanilla en Madrid con el encargo de que visitara a don Marcelino: “Si como supongo te tratas con él, déjate caer en su casa como de cuenta propia, y averigua su modo de pensar, y si piensa escribir sobre la novela y en qué periódico” (González Herrán 274-277). El resultado podría haber sido una extensa carta tan afectuosa como llena de tacto, del 4 de febrero, en la que este último disfrazaba cuidadosamente su opinión negativa de la novela, y loaba su propósito moralizador y otros aspectos aunque sin ocultar algunos de sus defectos. Pereda no solo pedía reseñas de sus libros, sino que también fueran positivas, y en esta ocasión reaccionó indignado ante los juicios de sus detractores y respondió a esta carta de su mentor defendiendo las partes que aquel consideraba negativas. Siguió otras en las que ambos discutían y matizaban otros aspectos del libro. Pero don Marcelino pensaba de manera mucho menos positiva y en una carta a su hermano Enrique le confiaba que *La Montálvez* era una novela “sumamente descolorida porque el autor ha tenido que *adivinar* y construir a su manera los tipos; cosa enteramente contraria a su temperamento realista. Lo poco bueno que hay en el libro es romántico puro, y bien se conoce que Dios no llama al autor por este camino. En suma, *La Montálvez* es una novela floja y pesada, pero muy bien escrita [...] En cuanto a su moralidad, me parece ejemplar, intachable, y casi excesiva por lo demasiado *directa* [...] Este juicio mío es para tí solo: al autor le he dorado mucho más la píldora, y al parecer no ha quedado descontento” (10. III.1888).

Tampoco le pareció bien *Nubes de estío* (1891) y el 23 de febrero de 1891 escribía a su autor elogiando el estilo y algunos personajes de la novela, sin llegar a publicar nada a pesar de los deseos de Pereda. Y *Al primer vuelo* (1891) despertó escaso interés de la crítica, manifiesto en el significativo silencio de Clarín, de Ortega Munilla y de Menéndez Pelayo.

Como vimos más arriba, en su reseña de *Bocetos al templo* don Marcelino destacaba el realismo, el costumbrismo, el provincialismo, el localismo y un lenguaje puro y sencillo que hacían de Pereda un gran escritor. Y en la de *Esbozos y rasguños*, en la *Revista de Madrid* (“Sección bibliográfica”, Marzo, 1881, no. 6, vol. I, 272-273) destacaba el *localismo* de sus artículos, alababa alguno de ellos y en especial “El fin de una raza”, “joya preciosísima” que consideraba como una segunda parte de “La

leva”: “Si en la primera hay más frescura y primaveral energía [...] en la segunda brilla un arte más exquisito, penetrante y reposado, un modo más alto, sereno y benévolo de contemplar la naturaleza y la vida humana.” (“Prólogo, *Estudios* VI: 358-359).

En aquel “Prólogo” anunciaba ya la publicación de *Sotileza*: “Espero yo, y conmigo todos los hijos de Santander, que la obra maestra de Pereda y el monumento que mejor vinculará su nombre a las generaciones futuras ha de ser su proyectada novela *Sotileza*” (“Prólogo (1884), *Estudios* VI:360). Apareció al año siguiente, tuvo un éxito inmediato y su autor pidió a don Marcelino la acostumbrada reseña en un periódico de Madrid, quien le respondió con una carta tan entusiasta como sincera, a la que pertenecen estas líneas:

Este es el libro perfecto que yo deseaba y esperé siempre de usted. En él se encuentra reunido y mejorado todo lo que yo admiro tanto en aquellos cuadros marítimos de “La leva”, “El raquero” y “El fin de una raza”. *Sotileza* no solo es la mejor novela y la mejor obra de usted sin excepción ni reparo alguno, sino que carece de todo precedente en la literatura castellana y en aquella parte de la extranjera que yo conozco. Nunca han sido pintadas las costumbres marítimas con tan intenso vigor, con tan poderoso arranque, con tal virginidad de sentimiento y con tal frescura de impresión. (De Menéndez Pelayo a Pereda, 4.III. 1885).

La reseña publicada en *La Epoca (Hoja literaria de los lunes)* (Madrid, 23. III. 1895) confirmaba este juicio en términos muy semejantes que revelan el magisterio del autor de *Los heterodoxos*. No será de extrañar que *La puchera* (1889) fuera otra de las obras favoritas de Menéndez Pelayo, quien en su reseña del periódico madrileño *El Correo* (“*La puchera*”, 11 de febrero de 1889, año X, núm. 3237) felicitaba a su autor por haber “acertado plenamente en las dos grandes formas del idilio rústico y del idilio marítimo, que son los verdaderos timbres de su gloria. En ambos géneros, así como no ha tenido maestros, tampoco es fácil que llegue a tener rivales, a lo menos en nuestra lengua castellana”. Y añadía que

Nunca ha sido tan intrépido el estilo de Pereda, tan grande la fuerza plástica de su lenguaje, y aquel raro poder de asimilación que Dios le concedió para que se hiciera íntimo de todo hilo de luz, de toda hebra de maíz, de todo zumbido de insecto, de todo rielar del agua. Hay que remontarse a Teócrito para encontrar idilio tan bello y humano como el rústico idilio de Pedro Juan y de su amada. El final del capítulo traspasa ya los lindes de lo bello y empieza a rayar en lo sublime.

Para Borja Roríguez este es “otro momento, enormemente significativo” en el que Menendez Pelayo reivindica su papel de colaborador en la creación de las obras de Pereda:

Por primera vez he leído un libro de Pereda al mismo tiempo que el público y sin estar iniciado previamente en el secreto del autor. Fue voluntad suya y mía, para que nada extraño a la obra misma preocupase mi juicio, y no hablasen en favor de ella intimidades de las que forzosamente nacen entre el crítico y el libro que va a juzgar, cuando él ha asistido a la elaboración de este libro, embriagándose con el fervor de la producción ajena, y participando de ella en algún modo. He querido, por esta vez sola, no saber nada de lo que Pereda escribía en Polanco este verano, y tomar su novela como obra de un extraño. He procurado olvidarme de que el autor era montañés, y entrañable y fidelísimo amigo mio desde que tengo uso de razón y, amigo de los de mi casa antes de que yo naciera...

Así comienza la reseña de *La puchera*, “lo que quiere decir que en los demás libros de Pereda, Menéndez Pelayo había estado presente, había participado, opinado, aconsejado, incitado, tal vez corregido, quien sabe si reformado. El hecho de hallarse ausente de la elaboración de *La puchera* era tan excepcional que Menéndez Pelayo quiso advertirlo al público.” Y Rodríguez se pregunta si esta decisión partió del crítico, o del novelista quien, herido en su orgullo por la recepción de *La Montálvez*, quiso escribir en la soledad esta nueva novela. (255-256).

Peñas arriba (1895) fue la obra de Pereda que más eco tuvo en la crítica de su tiempo y don Marcelino escribió a su autor una carta tan efusiva como breve:

Mi muy querido amigo: Anoche acabé de leer, no con placer, sino con asombro *Peñas arriba*, que a mi juicio es una de las mejores cosas que se han escrito en España desde que faltan los grandes maestros del siglo XVI. No se si es la mejor novela de su autor, pero afirmo que es, juntamente con *La puchera*, la que va mejor a mi gusto y la que me parece escrita con un arte más fino y delicado y con un sentido moral más hondo. (12. II. 1895).

Y complació la petición de Pereda con una reseña en la *Revista Crítica de Historia y Literatura Española* de Madrid (“Libros recientes. *Peñas arriba* por D. J. M. de Pereda”, Marzo, año I, núm. 1, pág. 32), en la que consideraba esta novela junto con *Sotileza* las obras maestras de su autor:

Hay en este libro una inspiración solemne y casi religiosa que transfigura la contemplación de la naturaleza y se desborda en verdaderos

himnos [...] . Como paisajista nunca ha rayado a mayor altura que en las descripciones de los puertos altos de la cordillera cantábrica, que llena en gran parte este libro, el cual, a la vez, como novela, puede considerarse como un relato de viajes [...] Las riquezas de nuestra lengua, que el autor habla con tanta gravedad y señorío, están prodigadas a manos llenas como en los libros anteriores de Pereda; pero en éste, además de las pompas descriptivas, se advierte un no sé qué de intimidad y dulzura que le hace, para nuestro gusto, el más simpático, juntamente con otra novela suya, *La puchera*. Los personajes *populares* de *Peñas arriba* son intachables de color y de relieve. (“Prólogo”, *Estudios* VI: 387).

Menéndez Pelayo proclamó a Pereda como “el más radical innovador de la literatura de su tiempo [...] en el cuadro de costumbres, en la sátira política, en el idilio rústico, en la tragedia del mar...” (“Discurso en la inauguración del monumento a Pereda en Santander”, *Estudios* VI: 395). Para todos “los que hemos nacido *de peñas al mar*” los libros de Pereda “antes que juzgados son sentidos” pues representan “un modo de ser provincial”; su autor “ha logrado dar forma artística y, en mi entender, imperecedera, al vago sentimiento de nuestra raza septentrional que, con rebosar de poesía, no había encontrado hasta estos últimos tiempos su poeta”. (Prólogo” (1884), *Estudios* VI: 339-340).

* * *

La lectura de las reseñas y de otros trabajos de Menéndez Pelayo dedicados a las obras de Pereda revela su opinión como crítico literario, su influencia sobre el Pereda escritor, y los sentimientos y preferencias del propio don Marcelino. Este colmó de elogios a Pereda, “uno de los escritores más españoles que han florecido en el presente siglo” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 351), cuya originalidad, estaba presente ya en sus primeros cuadros de costumbres pues, a pesar de los intentos de la crítica “en emparentarle con escuelas francesas y con autores que aun no habían hecho sus primeras armas [...] ya había dado la más alta muestra de las suyas” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 341).

Don Marcelino destacó la originalidad, la espontaneidad y la frescura del estilo de Pereda, suelto y vigoroso, la fuerza de sus personajes, “la maestría del diálogo, por ningún otro alcanzada después de Cervantes [...] la frase viva, palpitante y densa; la singular energía y precisión en las descripciones [...] la gravedad del magisterio moral” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 374). Desde su reseña de una obra temprana como *Bocetos al temple*

consideró a Pereda como “el primer escritor de costumbres que España ha producido en el siglo XIX”, como un “*realista* como debe serlo todo escritor de costumbres” (“*Bocetos al temple*”, *Estudios* VI: 333-334), y en el “Prólogo” de 1884, escribía que “Bajo dos aspectos principales puede y debe considerarse a Pereda: como autor de artículos o cuadros sueltos de costumbres, y como novelista. La segunda manera es una evolución natural de la primera, o más bien no es otra cosa que la primera ampliada” (*Estudios* VI: 355).

Las siguientes citas, que no son exhaustivas, evidencian que don Marcelino prefirió siempre las obras costumbristas más tempranas de Pereda, en especial *La leva* y *El fin de una raza*, que mencionó de modo tan repetido como elogioso: “Si yo dijera que para mí son las dos series de las *Escenas montañosas* lo más selecto de la obra de Pereda, no diría más que lo que siento” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 360); “vuelvo siempre con amor los ojos hacia el poeta de *La robla* y de *La leva*” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 372); “este artículo de *La Leva*, que no me cansaré de citar, porque desde Cervantes acá no se ha hecho ni remotamente un cuadro de costumbres por el estilo (igualado pero no superado por otros del autor)” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 359); “Yo no conozco ni en la literatura antigua castellana ni en la moderna cuadro de tan honda y conmovedora impresión como la que dejan en el ánimo las últimas páginas de *La leva* y *El fin de una raza*” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 358-359). *Sotileza* es “la mejor [novela] y más genial de las suyas” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 377). Y aunque mostró gran entusiasmo por *Peñas arriba*, don Marcelino pensaba que “es más novela *Sotileza*” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 387). Miguel Artigas destacaba que “No hay en todo este himno, que es más himno que crítica, ni una salvedad, ni una veladura; Menéndez Pelayo se entrega completamente. Es el libro que él esperaba, al que tendían todos sus esfuerzos críticos, todas sus advertencias y consejos. El novelista y el crítico se confunden y estas páginas de crítica parecen un último capítulo de *Sotileza*” (331-332).

A raíz de la publicación de esta obra el autor de *los Heterodoxos* se congratulaba de que Pereda “oyó siempre la voz de quien mejor le quería [es decir, del propio don Marcelino] e insistía en que ‘Tú eres ante todo el autor de *El Raquero*, de *La leva* y de *El fin de una raza*. Si quieres elevar un verdadero monumento a tu nombre y a tu gente, cuenta la epopeya marítima de tu ciudad natal [...] Hazte cada día más local para ser cada día más universal. (*La Epoca*, 27.III. 1885; “*Sotileza*”, *Estudios* VI: 377-378). Y refiriéndose a *De tal palo* confesaba que “en las novelas de

Pereda [...] llega a desagradarme lo que no es rústico y agreste y me impaciente hasta que tornen los Niscos y Chiscones, por muy bien y discretamente que haga hablar el autor a los personajes de condición superior y más altos propósitos” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 370-371).

Justificaba sus consejos a Pereda por su propio amor a la patria chica: “soy ante todo, montañés, y quizá me equivocaré y daré a Pereda un mal consejo excitándole, por su gloria misma, a no salir de *su huerto* y a no hacer caso de los que encuentran limitados sus *horizontes*. Sin salir de ellos, ha encontrado la novela política en *Don Gonzalo* y en *Los hombres de pro*; la novela religiosa en *De tal palo* [...]; la novela, o más bien, el poema idílico, en *El sabor de la tierruca*; la novela social, en *Blasones y talegas*, y hasta la más conmovedora tragedia en *La leva*” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 372-373). Y reconocía que su crítica no era imparcial pues “Nunca he acertado a leer los libros de Pereda con la impasibilidad crítica con que leo otros libros. Para mí (y pienso que lo mismo sucede a todos los que hemos nacido *de peñas al mar*), estos libros, antes que juzgados son sentidos” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 339).

Don Marcelino alabó o puso reparos con mayor o menor intensidad a las obras que fue publicando el autor de las *Escenas montañesas* pero dejó sus preferencias muy claras. Para él, Pereda fue fundamentalmente un escritor de artículos de costumbres y sus novelas eran una ampliación, de aquellos. Pensaba que era inigualable en la descripción de las costumbres de la gente de mar y la del campo: “Pocas veces un modo de ser provincial ha llegado a traducirse con tanta energía en forma de arte” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 339), y en ser un escritor montañés: “puede andar orgulloso quien ha logrado dar forma artística y, a mi entender, impereceda, al vago sentimiento de esta nuestra raza septentrional que con rebosar de poesía, no había encontrado hasta estos últimos tiempos su poeta” (“Prólogo”, *Estudios* VI: 340). Tan insistente y marcada preferencia por los aspectos costumbristas y locales de la producción perediana, evidenciarían menor aprecio por el resto de su obra y, a la vez, una manera indirecta y discreta por parte de don Marcelino de señalar las limitaciones del autor de *La leva*.

En su discurso en la inauguración del monumento a Pereda en 1911, Menéndez Pelayo resumió y confirmó sus juicios acerca de la obra perediana, y enalteció como virtudes lo que otros críticos vieron como defectos. Pereda, dijo, fue un escritor único cuyas excepcionales cualidades le diferenciaron del resto de sus contemporáneos, un intuitivo, un “vidente de la realidad, explorador de un mundo poético nuevo”. No

tuvo maestros, fue hombre de escasas lecturas, de “pocas ideas, pero claras y dominadoras, sentimientos primordiales, técnica elemental, grandes efectos logrados con medios sencillísimos”. “No fue Pereda un literato profesional sino un hidalgo que escribía libros donde se refleja su espíritu creyente y castizo, donde se aprende a vivir bien y a morir mejor” (*Estudios* VI: 395-396)⁹.

Pero si Pereda fue un artista genial pero inconsciente, que no sabía cómo creaba ¿cómo no se perdió en el camino y llegó a crear una obra tan importante? La respuesta, según Borja Rodríguez, sería que Menéndez Pelayo en cierta forma había creado un literato y le llevó a componer su novela máxima *Sotileza* (257). Y para ello había que rebajarle, “convertirle no en un creador, sino en un intérprete: intérprete de la tierra, intérprete de la raza, intérprete de la naturaleza, y sobre todo, intérprete de Menéndez Pelayo.” Este discurso es trascendental pues constituye “la formulación definitiva, no ya de cómo Menéndez Pelayo juzgaba a Pereda, sino de cómo quería que fuese el novelista Pereda” (231).

* * *

Menéndez Pelayo comenzó su carrera de estudioso y crítico literario en el propicio momento en que Santander despertaba a la vida cultural y literaria. Se recordará la influencia que tuvo Laverde sobre las letras montañesas de su tiempo, sobre la fundación de revistas y sobre algunos escritores, principalmente sobre don Marcelino, a quien animó a comenzar o a desarrollar proyectos. La presencia del joven estudioso fue capital en *La Tertulia* y la *Revista Cántabro-Asturiana*, de las que redactó los “prospectos”, y en la Sociedad de Bibliófilos Cántabros. Además del renombre nacional que iba adquiriendo rápidamente, los admiradores de su patria chica le becaron para estudiar en Portugal y en Italia, buscaron su consejo, reseñaron sus obras, pidieron que reseñase las suyas, y siguieron apasionadamente su carrera académica.

Alboreaba entonces un regionalismo cántabro cuyos fines y cuyos límites dejaron bien claros *La Tertulia* y la *Revista Cántabro-Asturiana*, y

⁹ “... este Madrid, que cada día me resulta más antipático” (A su hermano Enrique, 12-XI-1908); “Yo, por mal de mis pecados, llevo treinta años de residencia ahí y siempre me he considerado como forastero. Todo me disgusta: el clima y la gente. O Madrid no ha entrado en mí, o yo no he entrado en Madrid, o serán las dos cosas a un tiempo (A Rodríguez Marín, 29-VII-1907).

entre sus colaboradores estaban aquellos regionalistas que respaldarían a las grandes figuras de las letras cántabras de entonces: Amós de Escalante, Pereda y, en breve, Menéndez Pelayo. Aquel regionalismo era, por un lado, idealizador y romántico, nostálgico de un pasado caballeresco y, por otro, ávido de reivindicar para la región el merecido puesto en el mapa cultural y literario de España.

Don Marcelino tuvo siempre orgullo de ser montañés; y en el Prólogo a las *Obras Completas* de Pereda (1885), confirmaba que “no solamente soy montañés, sino santanderino y *callealtero*” (“Prólogo a *Sotileza*”. *Estudios* VI: 381), y aunque pasó casi toda su vida en Madrid, donde tuvo una vida académica y social tan brillante como activa, a juzgar por cartas a gente de su confianza, el mundo de la gran ciudad le disgustaba¹⁰. Y en su temprano estudio sobre *Trueba y Cosío* reivindicaba ya el papel de la Montaña en la literatura nacional como “engendradora de las razas generosas de donde procedieron el marqués de Santillana, Garcilaso, Lope de Vega, Calderón y Quevedo” además de una pléyade de autores nacidos en ella. Y para desmentir la frase atribuida a Alberto Lista, “Del Duero *allá* no nacen poetas”, defendió orgullosamente su tierra, cuna de tantos ingenios (“Don Amós de Escalante”, *Estudios* VI: 319). Y justificaba “el muy noble y autorizado principio [del] sentimiento nobiliario propio de ‘el carácter de los montañeses, aun en los más humildes’: ‘En aquellos solares no reconocemos superior a nadie’, decía D. Francisco de Quevedo. ‘A los que somos montañeses – escribe hiperbólicamente Fr. Antonio de Guevara - no nos pueden negar los castellanos que cuando España se perdió, no se hayan salvado en solas las montañas todos los hombres buenos y que después acá no hayan salido de allí todos los nobles’. Decía el buen Iñigo López de Santillana que en esta nuestra tierra de España, que era muy peregrino o muy nuevo el linaje que en la Montaña no tenía solar conocido”(“D. Amós de Escalante”, *Estudios* VI: 302)¹¹.

El profesor Martínez Cachero destacaba las reservas de Menéndez Pelayo a enjuiciar la obra de sus contemporáneos, y que prefería hacerlo

¹⁰ En su artículo “José María de Pereda y la construcción de una imagen” (XXXX) Raquel Gutiérrez Sebastián estudia los retratos, fotografías y caricaturas del autor de *Sotileza*, a quien sus contemporáneos representaron con frecuencia como un hidalgo de antaño o con atuendo aldeano.

¹¹ Acerca del sentimiento nobiliario de los montañeses, véase Manuel Suárez Cortina., *Casonas, Hidalgos y Linajes. La Invención de la Tradición Cántabra*. Santander: Universidad de Cantabria, 1994.

con autores de épocas pretéritas aunque diese su parecer sobre determinados autores, títulos y tendencias, de palabra o en cartas privadas. Y característicos de su crítica fueron la imparcialidad y los amplios conocimientos que revelaba en ella¹². Una imparcialidad que no cambió cuando se trataba de autores montañeses, como vimos más arriba, matizada en ocasiones por su relación con algunos contemporáneos con quienes le unieron estrecha amistad y comunidad de ideas.

Desde su juventud Menéndez Pelayo fue un crítico ecuánime que participó en la vida literaria de la Montaña y destacó a aquellos escritores cuyo mérito merecía sacarles del olvido e incorporarlos al canon de la literatura regional. Dedicó un extenso prólogo a la segunda edición de las *Poesías* (1901) de Amós de Escalante, con quien le unieron “muchos años de constante y respetuosa comunicación”, y estudió con amor y con detalle su obra poética y narrativa. Pero su relación con aquel Pereda que le conoció de niño fue mucho más allá pues ya desde los tiempos de *La Tertulia* el joven Marcelino fue imponiendo su criterio al de sus mayores y en breve tuvo destacada influencia sobre el autor de *Sotileza*, del que fue mentor y consejero.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA
THE OHIO STATE UNIVERSITY

¹² José María Martínez Cachero, “Menéndez Pelayo, crítico de la literatura española de su tiempo”, *Archivum*, tomo VI (1956), 25-63.

BIBLIOGRAFIA

- Agenjo, Xavier, "Amós de Escalante y Menéndez Pelayo", en Manuel Suárez Cortina, ed., *En el Centenerio de Amós de Escalante*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 2003, 159-68.
- Aguilera y Santiago, Ignacio, ed., *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo, 1874-1890*, 2 vols. Santander: Diputación Provincial, 1967.
- Artigas, Miguel, "Un episodio desconocido de la juventud de Menéndez Pelayo", *BBMP*, X (1928), 289-337
- Artigas, Miguel, "Pereda y Menéndez Pelayo", *BBMP*, XV (1933), 318-336
- Bonet, Laureano, Introducción a José María de Pereda, *La puchera*. Madrid: Castalia, 1980.
- , *Literatura, Regionalismo y lucha de clases*. Barcelona: Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 1983,
- Campo Echevarría, Antonio del, Periódicos montañeses (1) 1808-1908, Cien años de prensa en Santander. Santander: Tantín, 1987
- Clarke, Anthony H., *Manual de bibliografía perediana*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1974
- , "Cartas de Pereda a Laverde", *BBMP*, LXVII (1991), 157-270.
- Cossío, José María de, *Estudios sobre escritores montañeses*, I-III, Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1973.
- , *Gumersindo Laverde*. Selección y estudio. Santander: Antología de Escritores y Artistas Montañeses, XXIV, 1951; "Gumersindo Laverde y Ruiz" (pp. 385-414) y "Semblanza de don Gumersindo Laverde y Ruiz (pp.415-427), en Estudios, II.
- García Castañeda, Salvador, *Don Telesforo de Trueba y Cosío (1799-1835). Su tiempo, su vida y su obra*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1978.
- , *Escenas Montañesas y Tipos y Paisajes*. Edición, estudio y Notas. En *Obras Completas* de José María de Pereda. Volumen I, Santander: Diputación Regional de Cantabria, 1989.
- , *Tipos Trashumantes y Esbozos y Rasguños*. . Edición, estudio y Notas. *Obras Completas* de José María de Pereda. Volumen II, Santander: Diputación Provincial de Cantabria, 1989.
- , "Amós de Escalante, Pereda y la cultura literaria de Cantabria en el siglo XIX", en Manuel Suárez Cortina. ed., *En el Centenerio de Amós de Escalante*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 2003, págs. 55-81.
- , *Pachín González. Miscelánea, I, II y III*. Edición, estudio y Notas, *Obras Completas de José María de Pereda*. Volúmenes IX, X y XI. Santander: Diputación Provincial de Cantabria, 2008.
- , *Del periodismo al costumbrismo. La obra juvenil de Pereda (1854-1878)*. Universidad de Alicante Press, 2004, 367 págs.

- González Herrán, José Manuel, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*. Santander: Colección P)ronillo, 1983
- , “Marcelino Menéndez Pelayo y Pereda”. Conferencia pronunciada en Torrelavega el 23 de abril de 2012.
- Gutiérrez Sebastián, “José María de Pereda y la construcción de una imagen”, en *Insula*, número monográfico “Al Parnaso a través de la artes (Siglo XIX)”, (Abreil 2011), 13-15
- Lázaro Serrano, Jesús, *Historia y Antología de escritores de Cantabria*. Santander: Colección Pronillo, 1985
- Madariaga, Benito, *Antología del regionalismo en Cantabria*. Santander: Tantín, 1987.
- ed., Benito Pérez Galdós, Cuarenta leguas por Cantabria, Santander: Excmo. Ayuntamiento de Santander / ONCE, 1989.
- Martínez Cachero, José María, “Menéndez Pelayo, crítico de la literatura española de su tiempo”, *Archivum*, tomo VI (1956), 25-63.
- Maza Solano, Tomás, “La Sociedad de Bibliófilos Cántabros que intentó formar Menéndez Pelayo. Apuntes para su historia y fundamentos de un nuevo proyecto”. *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, . *Homenaje a D. Miguel Artigas*. Vol. II (1931), 146-188.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, *Obras Completas. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, VI (Enrique Sánchez Reyes, ed.), Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Santander: Aldus, S.A., 1941
- Pereda y Torres-Quevedo, María Fernanda y Enrique Sánchez Reyes, *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, *BBMP*, XXIX (1953), 207-402
- Revuelta Sañudo, Manuel (Ed.), *Marcelino Menéndez Pelayo, Epistolario*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982-1891, 23 vols.
- Rodríguez Gutiérrez, Borja, “Menéndez Pelayo y la creación del mito de Pereda, el *genio natural*.” *BBMP*, LXXXII (2006), 231-259.
- Sánchez de Muniain, José María, *Antología general de Menéndez Pelayo. Recopilación orgánica de su doctrina*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956, 2 vols.
- Simón Cabarga, José, *Historia de la prensa santanderina*.) Santander: Centro de Estudios Montañeses, 1982
- Suárez Cortina. Manuel, *Casonas, Hidalgos y Linajes. La Invención de la Tradición Cántabra*. Santander: Universidad de Cantabria, 1994.
- , ed., *En el Centenario de Amós de Escalante*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 2003.

